

GRACIELA SCHVARTZ  
JURAME  
QUE NUNCA



emecé

Graciela Schwartz

# Jurame que nunca



emecé

Uno

Es un frío distinto, este. Otro frío. Otro cielo, tan diferente al de allá. Sin el fardo de la nieve cuando pesa dentro de las nubes, las encapota, las llena de oscuridad y de bruma. Este cielo de aquí tiene tramada luz entre la textura del azul.

Cemento gris, helado, es en cambio el del muelle que están pisando por primera vez, que petrifica con el frío los pies de los que vienen bajando. No hay que darse vuelta, no hay que mirar atrás. Atrás queda el barco, esa pared herrumbrada, vertical, que les cierra el paso a sus espaldas. Atrás quedó el mar desde donde llegaron. La casa, allá lejos, del otro lado.

Fue largo el viaje. La bodega, oscura. Hombres de un lado, mujeres del otro: separados.

Y aun así.

Ahí están: ya cruzaron la planchada que oscila en el aire, ya tuvieron el vuelco en el estómago que sienten todos cuando están bajando, antes de pisar tierra firme. El baúl de madera claveteada está apoyado en el suelo, las manos sujetan difícilmente la valija de cartón duro ceñida con una soga: todo lo que tienen en el mundo está ahí. Les dijeron muchas veces que ese era el peor

momento, el más peligroso: la llegada. Que tenían que cuidar las cosas, mucho ojo, les dijeron, *Guardate bene*, los pusieron sobre aviso: debe haber sido el consejo más repetido, más escuchado antes de partir. Más que el llanto, más que la pena: *Tengan cuidado*. La preocupación, además, como si la tristeza fuera poca. Es el momento que eligen los ladrones, esos que acá llaman *chorros*, para meter mano y escaparse en medio del gentío. Se cuelan entre el ruido, en el trastorno enorme, se aprovechan de esa sensación de desamparo que golpea los huesos de los que llegan.

Ellos no entienden dónde están, qué hay que hacer ahora que llegaron. A dónde tienen que ir. Hay uniformados que gritan órdenes incomprensibles, los gritos suben el tamaño del desconcierto. Tienen, todos, los ojos despavoridos, los hombros rígidos. Tratan de frenar el miedo, de arrinconarlo. Asustar al miedo no es fácil: sabe mejor que nadie cómo filtrarse por las rendijas. El miedo es otro ladrón.

No tienen nada ahora. Dejaron todo allá. Y es imposible volver, ni siquiera se puede pensar en eso. No van a volver. No tienen adónde volver. Sabían cuando subieron al barco que nunca más iban a ver a nadie de los que dejaban. Madre, padre, hermanos: fantasmas.

Ellos querían cambiar ese horizonte de tierra, surco, tiempo medido por siembras, y cosechas, y estaciones, por sol o lluvia, o nieve.

Otro destino, dijeron.

Ahora están acá, pisando el cemento del muelle. Ningún horizonte a la vista. El barco detrás, el agua sucia. Adelante, el edificio sombrío de la Aduana.

Entre todos ellos, ellos dos: Pascua y Vicente.

Un noviazgo breve, ardiente. Vigilado.

Y este propósito de irse. América es una palabra que guarda sueños distintos, del todo improbables en el lugar donde nacieron. Los dos, sin conocerse, querían lo mismo, desde muy temprano, desde la infancia. Cuando se encontraron, ir trazando ese sueño, ir pensando juntos cómo volverlo posible, formó parte del encuentro. Parecía el amor pero era también, mucho, sobre todo, lo que las ganas de irse le sumaban. El propósito de torcerle el brazo al destino le daba a ese amor otra fuerza.

No volver a amasar el pan nunca más, decía Pascua, comprarlo hecho. Puede parecer pequeño, ínfimo. Podrá parecerle pequeño a alguien que nunca tuvo que amasarlo. No es poca cosa amasar el pan todos los días, trabajar la masa, mucho, como es necesario hacerlo, dejar que levante, cocinarlo. No es poca cosa salir al campo bajo el sol desnudo, cada mediodía, llevar la comida para los que están trabajando. Ni buscar agua en el pozo, sentir que la sogá lastima los dedos cuando el balde baja, cuando sube, cuando hay que llevarlo (hay que caminar hasta la casa sin que el agua se derrame, subir una escalera empinada). O sembrar el trigo, y recogerlo. No es poca cosa ordeñar las vacas de madru-

gada. Matar un chancho, tener el pernil preparado para el invierno. No es poca cosa ni es fácil que la despensa esté provista para que el hambre no sea una amenaza cuando llegue el frío y los rodee.

Sin embargo, es una amenaza. A lo mejor no este año, no el que viene. Pero puede pasar, saben que algo podría pasar en cualquier momento. Un accidente, cualquiera sea, es un peligro que acecha siempre. Viven con esa intranquilidad suspendida. Con ese miedo siguen. El invierno tiene temperamento inquieto, una nube de apariencia perfectamente apacible puede cambiar de aspecto, transformarse en una borrasca que desmantele la tierra sembrada, una helada imprevista podría acabar con los tomates de la noche a la mañana, la lluvia es necesaria (bendita sea) pero si es brusca, si es desmedida, puede malograr el trigo. Y la primavera, cuando llega, suele ser arbitraria: parecer que sí, retirarse, mandar en cambio una tormenta intempestiva: dañina. ¿Y si la vaca se enfermara? Dios no lo quiera, ¿si se escapara el chancho, como pasó alguna vez? ¿Si uno de ellos tropezara, si la guadaña?

El trabajo campesino exige un ritmo infatigable. Y un espíritu sabio que no se gaste en la repetición, que sepa mantener la alegría porque el sol, porque la escarcha, porque la cosecha. O el temple, a pesar de todo eso. Que sepa plantarle pelea a la adversidad sin aspavientos. Pero cuando sólo se trata de insistir, el coraje olvida su origen de bravura: se vuelve costra, dureza, obstinación. También brutalidad.

Vicente no quería zapar la tierra, no quería sudar de sol a sol. No quería ser una bestia de carga, un condenado. Él quería aprender a leer. A escribir. No los rudimentos de la escuela ocasional: quería verdaderamente saber, entender.

Cuando llegaron, Pascua estaba embarazada.

Una fertilidad de coneja, la de Pascua.

Como si el miedo fuera poco. Como si tuvieran casa, trabajo. Como si supieran qué les ofrecía la suerte, o el destino, o este lugar adonde habían venido a parar, tan lejos.

Vicente no pronunció una palabra hasta que aprendió a hablar. Meses de silencio: no iba a venir cualquier *stronzo* a burlarse de él, a ridiculizarlo porque las eses o los verbos. Consiguió un trabajo en el ferrocarril: era de noche, en las vías: señalero. Casi no necesitaba hablar con nadie. Escuchaba, eso sí. Los ojos parecían un poco afiebrados por la tensión tenaz puesta para escuchar cómo hablaban los de acá. Cómo sonaba lo que decían. En la calle, en el tranvía, en el trabajo. De día, con un diccionario, con una gramática que había conseguido, se encerraba a estudiar el idioma.

Cuando nació Felisa, ya había aprendido.

Salvo por una lejana música en los acentos, era difícil darse cuenta de que había hablado otra lengua durante toda su vida.

Y cuando nació Iris, dos años más tarde, ya había dejado las vías y estaba trabajando en las oficinas del ferrocarril.

Yéndose, en el momento de subir al barco, Pascua llevaba alrededor del cuello un dije sujeto a una delgada cadena de oro. Era un corazón tallado en piedra y una abrazadera, también de oro, encerraba la piedra verde, traslúcida, que brillaba con luz de aceituna sobre la piel de Pascua.

Se lo había dado su madre cuando ella y Vicente, recién casados, salían hacia el puerto de Génova para tomar el barco que iba a traerlos a la Argentina. Yéndose, los dos, con los bártulos apilados encima del carramato, ya en el camino.

Había sido lo último que hizo antes de la partida. Abrazar a su hija y darle el corazón de piedra.

Entre ellas dos, un abrazo era un ademán raro, raro como quien dice excepcional, fuera por completo del orden cotidiano: casi inconcebible.

Habían tratado, madre e hija, de no pensar en ese viaje durante los últimos meses, de no permitir que su inminencia intoxicara el ritmo establecido de los días pero sabían que nunca iban a volver a verse: era una certeza en la sangre. Irse, en aquella época, era casi siempre el océano insalvable.

Por eso ese gesto, sacarse la cadena con el dije de piedra para cerrarla alrededor del cuello de Pascua, tenía una gravedad que le confería al corazón otro peso,

u otro sentido. Como si la madre le diera un talismán que quizá pudiera protegerla. Era, el suyo, un miedo innominado. Sin nombre, sin atadura a imagen alguna, sólo miedo puro, arcaico. No podía ser de otro modo: la madre de Pascua nunca había salido de esa ínfima comarca de cuatro casas, ¿qué podía saber ella del mundo, de todo lo que cabía en el mundo? Por eso, por tanto no saber, el deseo de salvaguardar a su hija era imposible de ser dicho en palabras. Ese corazón de piedra verde que ella había llevado durante tanto tiempo tal vez fuera capaz de transmitirle mudamente a Pascua, cuando hiciera falta, lo que le hiciera falta: cautela, inteligencia, coraje, obstinación.

Nunca se lo sacó, Pascua, en su vida.

Pero en algún momento, sin que ella supiera con justeza cuándo, ni por qué, ni cómo, mucho más tarde, de un día para otro, apareció en el interior de la piedra, atravesándola, una línea más oscura que dibujaba algo así como una entrecortada nervadura, visible bajo una mirada cuidadosa.

Como si el corazón de piedra también supiera.

Accidente, golpe, herida, señal, lo que fuese: parecía entero por fuera pero tenía un quiebre. Y así, marcado como estaba, partido por dentro, Pascua lo llevó puesto hasta el último día.